

CON EL OJO IZQUIERDO. MIRANDO A BOLIVIA, DE MANUEL SEOANE
ESTUDIO PRELIMINAR

Martín Bergel
Universidad de Buenos Aires

I

Manuel Alejandro Seoane Corrales (1900-1963) fue una de las más destacadas figuras de una generación de hombres y mujeres del Perú que alcanzó a sobresalir en toda América Latina. Como el del líder de esa constelación Víctor Raúl Haya de la Torre, su nombre quedó indeleblemente asociado primero al movimiento reformista universitario y luego y sobre todo a la Alianza Popular Revolucionaria Americana (APRA), en donde estuvo enrolado desde su fundación hasta el final de sus días. Pero aunque llegó a ser candidato a vicepresidente por esa fuerza política en 1962 y hasta su fallecimiento supo ser reconocido como la segunda figura aprista en importancia detrás de Haya, el magnetismo y la voluntad de inquebrantable protagonismo de éste último tendieron a opacar su figura.

En efecto, el lugar en el que quedaron consagrados Haya de la Torre y José Carlos Mariátegui –la otra personalidad estelar de la generación peruana de 1920- en la historia intelectual y política latinoamericana, desplazó a un plano menor a un conjunto de nombres sin los cuales el experimento aprista, en tanto tentativa de construcción de un partido internacional americano, difícilmente podría haber cobrado vida. Figuras como las de Magda Portal, Carlos Manuel Cox, Antenor Orrego, Luis Heysen, Serafín Delmar, Eudocio Ravines, Esteban Pavletich y, ciertamente, Manuel Seoane, entre otros, resultaron cruciales en la construcción, casi siempre urdida desde el exilio, del proyecto aprista. Reponer su historia ayuda entonces a entender la naturaleza y las

tensiones existentes en los vínculos transnacionales presentes en la apuesta política del APRA en su primera etapa.¹

De todas esas figuras, Manuel Seoane fue, desde el inicio, una de las más sobresalientes. Proveniente de una familia civilista (conservadora) que, a diferencia de la gran mayoría de sus compañeros de generación –pertenecientes por lo general a las capas medias y aún a grupos sociales acomodados del interior del país, pero no a los estratos más encumbrados-, hundía sus raíces en el tronco de las élites políticas patricias, desde su ingreso en 1919 a la Universidad Nacional Mayor de San Marcos desarrolló un camino que habría de llevarlo prontamente a posiciones antitéticas a las profesadas por sus progenitores. “Manolo”, como se lo conocía desde niño, se destacó en efecto desde muy joven. Amigo de Haya desde fines de la década del '10 (fue el futuro jefe del APRA quien despertó en él las primeras inquietudes sociales),² para 1923 ya había sido elegido presidente de la Federación de Estudiantes del Perú al vencer precisamente a Haya en una reñida elección en la que había contado con el apoyo del estudiantado conservador. Enterado sin embargo entonces de la detención de su próximo líder a manos del régimen de Augusto B. Leguía, Seoane declina en su favor la presidencia, que reasume cuando Haya parte finalmente al exilio, en octubre de ese año.³ Ese gesto marcaría la fidelidad que sostendría para con el fundador y figura central del APRA –más allá de alguna desavenencia pasajera- hasta el final de sus días.

Menos de un año después de ocurrido el destierro de Haya, una nueva ola represiva emprendida por el gobierno de Leguía obligó a Seoane –junto a otros varios jóvenes enrolados en la Universidad Popular González Prada, bastión del movimiento universitario peruano- a emprender el primero de los cinco prolongados exilios que le tocaron en suerte, y que traerían para él, como para varios de sus compañeros que

¹ Sólo recientemente han visto la luz una serie de estudios específicos sobre algunas de esas figuras. Cfr. Reedy, Daniel, *Magda Portal. La pasionaria peruana. Biografía Intelectual*, Lima, Flora Tristán Ediciones, 2000; García-Bryce, Iñigo, “Magda Portal, revolucionaria peregrina: el exilio y el APRA como partido continental, 1926 -1945”, mimeo, 2007; *Manuel Seoane. Páginas escogidas*, selección e introducción de Eugenio Chang-Rodríguez, Editorial del Congreso del Perú, 2003; *Antenor Orrego. Modernidad y culturas americanas. Páginas escogidas*, selección y prólogo de Eugenio Chang-Rodríguez, Lima, Editorial del Congreso del Perú, 2004; y Bergel, Martín (2007): “Manuel Seoane y Luis Heysen: el entrelugar de los exiliados apristas en la Argentina de los veinte”, en *Políticas de la Memoria*, no. 6/7, Cedinci, Buenos Aires, 2007.

² Cf. Luis A. Sánchez, *Haya de la Torre o el político. Crónica de una vida sin tregua*, Lima, Atlántida, 1979 [1934], p. 68.

³ Enrique Cornejo Köster, “Crónica del movimiento estudiantil peruano”, reproducido en Juan Carlos Portantiero, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la reforma Universitaria, 1918-1938*, México, Siglo XXI, 1978, pp. 259-260. El texto de Cornejo Köster es de 1926.

hemos mencionado, el saldo benéfico indirecto de una estela de vivencias y contactos que lo proyectarían como una figura intelectual y política de renombre continental.

Tras huir a Santiago de Chile, Seoane recalca en Buenos Aires, donde rápidamente logra insertarse en la escena intelectual y política que recogía el impulso generado por el movimiento reformista universitario originado en Córdoba en 1918, especialmente en una de sus principales organizaciones: la Unión Latinoamericana (ULA) fundada por José Ingenieros y presidida por Alfredo Palacios. En esa entidad, que nucleaba a las figuras más prominentes de la “jóven generación” antiimperialista y latinoamericanista, Seoane llegó a ser secretario general y director de su revista, el boletín *Renovación*.⁴ Según Palacios, que lo consideraba “como un hermano menor”, Seoane era “el alma de la Unión Latinoamericana”.⁵

En esos años '20, Seoane llegará a ser considerado por las juventudes latinoamericanas -que cultivaban entonces con notable intensidad un enorme cúmulo de contactos y redes a nivel trasnacional- una figura que reunía condiciones de líder del proceso de unificación continental que se anhelaba. Líder de la célula aprista de Buenos Aires constituida formalmente en 1927, su capacidad oratoria y su dinamismo lo llevaron a ser incansable voz pública en actos y conferencias; a eso se sumaba una inclinación por la escritura y el ensayo de tinte político, que si resultaba ser un rasgo común para el conjunto de jóvenes peruanos en el exilio –alentados continuamente por Haya de la Torre a desarrollar la escritura de propaganda por él cultivada-, en Seoane, que trabajaba como periodista en el popular diario *Crítica* de Buenos Aires, se verificaba con mayor naturalidad y profusión. Esos dotes le valdrían un generalizado reconocimiento y admiración.⁶

⁴ Sobre la ULA y Renovación y, más específicamente, la labor de Seoane en ambas, cfr. *Alexandra Pita, Intelectuales, integración e identidad regional. La Unión Latinoamericana y el Boletín Renovación, 1922-1930*, tesis de doctorado, El Colegio, México DF, 2004.

⁵ Cf. “Un mensaje de Alfredo Palacios”, en *APRA. Órgano del frente único de trabajadores manuales e intelectuales*, no. 5, Lima, 9 de noviembre de 1930, p. 9.

⁶ Mencionemos sólo un caso significativo: aún después de la sonada ruptura con Haya, en 1928, Mariátegui continúa su relación epistolar con Seoane, a quien sabe aprista, pero de quien aprecia no sólo su talento intelectual y político sino la ausencia del personalismo caudillista que le exaspera en el jefe del APRA. Su amiga Blanca Luz Brum, poetisa uruguaya que había vivido en Lima y que debe exiliarse en 1927 en Buenos Aires, podía transmitirle por carta, en 1928, un juicio sumamente favorable del joven aprista: “nunca he tenido más fe en nuestra lucha que ahora, con qué seguridad marchamos junto a ese capitán que lo reemplaza en tanto, y que es Seoane, él nos instruye, con su fe y su hombría, cada día aprendemos más”. Poco antes de su muerte, y mientras preparaba su viaje a la Argentina, desde donde proyectaba seguir sacando su revista *Amauta*, Mariátegui todavía confiaba en que la virulenta polémica con Haya no afectaría su relación con Seoane: “gran satisfacción me causan las noticias sobre Seoane – escribía entonces al artista plástico argentino José Malanca-, con quien yo también me prometo excelente camaradería en Buenos Aires” (Cf. ambas cartas en *Mariátegui Total*, t. 1, Lima, Amauta, pp. 1961 y

Esa fama rápidamente se contagió a otros países en los que un mismo lenguaje permitía entre los jóvenes universitarios rápidas complicidades y fluidos contactos. Así, en abril de 1925 un estudiante boliviano de la ciudad de Sucre, Julio Alvarado, enviaba a Seoane, a Buenos Aires, una carta que, por su elocuencia y el fervoroso anhelo unionista que transmitía, se da a la publicidad en *Renovación*. La misiva comenzaba así:

Compañero: hasta estas brumas andinas, donde la tiranía va desencadenando los rudos golpes de un salvajismo milenario, han llegado, confusos, los nombres de Víctor Raúl Haya de la Torre y de usted. Adalides de las fuerzas universitarias de su patria, se presentan ustedes ante la juventud de América con la aureola refulgente del sacrificio y del martirio (...) Desde estos cielos, esclavos bajo un señorío de déspotas y de arlequines, quiero que llegue a ustedes la palabra convencida de una juventud que también sufre, que también lucha, de una juventud que está encerrada en medio de las inmensas montañas y enclaustrada en medio de inquisitoriales sistemas de poderío. Y que llegue a usted el abrazo fraterno de otros estudiantes que lo admiran, que lo acompañan con todos los ensueños de su espíritu, que lo reconocen como a exponente de generosa rebeldía. Acepte usted el homenaje de una muchachada que quiere ser libre y que lo será!⁷

Según confía luego Seoane, es esta carta la que se encuentra en el origen del viaje que emprende en agosto de 1925 a Bolivia y que dará lugar posteriormente a la escritura del libro que ahora presentamos.⁸ *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, que sale a la luz en Buenos Aires a comienzos de 1926, es el primer texto de los más de veinte volúmenes publicados en vida por el peruano. Y si hoy retiene nuestro interés, es porque ilumina no apenas aspectos del perfil público de su autor, sino dimensiones relevantes de las prácticas políticas y culturales de la generación reforma universitaria así como de la evolución del ideario y las concepciones del APRA en su etapa germinal. Sobre esas dimensiones nos detendremos en lo que sigue.

2079). Según Luis Alberto Sánchez, inclusive, Mariátegui entonces envió con él una carta para Seoane en la que denostaba al APRA y lo invitaba a dejarlo para unirse a sus huestes. Cfr. Sánchez, cit., p. 171.

⁷ Carta de Julio Alvarado a Manuel Seoane, 7 de abril de 1925, publicada en *Renovación*, año 3, no. 6, junio de 1925 (agradezco a Alexandra Pita la cesión de una copia del ejemplar de la revista en que se publica esta carta).

⁸ Escribe Seoane a Alvarado a comienzos de 1926: “En respuesta a su estupenda carta –que no recibí directamente y que publicó *Renovación*–, le envió estas breves líneas que traducen su efecto: mi viaje y mi libro” (la cita de esta carta se encuentra en la reseña de *Con el ojo izquierdo* que el mismo Alvarado publicó en la revista argentina *Córdoba* en su edición del 1 de abril de 1926).

II

Con el Ojo Izquierdo contiene dos relatos y dos registros de escritura superpuestos. En primer lugar, se trata de un libro que reproduce la experiencia de un viaje. En esa perspectiva, que se puede ver sobre todo en los capítulos iniciales, Seoane deja aflorar la primera persona, y así permite al lector acompañar subjetivamente su travesía. De allí, por ejemplo, el comienzo por los cambios en el entorno geográfico que se producen a medida que el tren en el que se desplaza deja la Argentina y se interna en Bolivia, o las sensaciones que se le producen al autor al encontrarse con muestras vívidas de la realidad social de miseria y atraso del país mediterráneo.

En un segundo registro, en cambio, que predomina en varios capítulos, el yo viajero queda suspendido o borrado, y emerge un tipo de aproximación que procura persuadir al lector en base a descripciones que se quieren ajustadas a la realidad. Se trata allí de dar a conocer, según señala sobre el final del texto, “los términos objetivos y precisos de los problemas bolivianos” (p. 147). En varios de esos capítulos, que se proponen tallar una radiografía histórico-social de los aspectos sustantivos de la política y de la sociedad bolivianas, la experiencia del viaje queda relegada y aparece apenas para dar mayor asidero a la pretensión de objetividad (“solamente he escrito lo que pasó ante mis ojos curiosos y atentos”, señala en las “Palabras Finales”, el último acápite del texto).

El libro así tanto expresa como oculta una de las prácticas culturales y políticas medulares de la generación de la reforma universitaria latinoamericana y, en especial, del núcleo que da origen al aprismo: *la del viaje proselitista*. Al menos desde comienzos del siglo XX, en efecto, América Latina es más que una idea que se expande al compás de la percepción de la amenaza imperialista norteamericana: es y se expresa, también, en un conjunto de prácticas, que resultan en un tejido constituyente de imaginario continental común. Dicho de otro modo, la idea de la unidad y el destino común del continente requieren para propagarse de una serie de hechos fácticos –de prácticas– que, al llevar inscripta en su propia naturaleza la dimensión transnacional de la que son soporte, contribuyen a expandir el ideal latinoamericano. Esa *materialidad de la idea de América Latina* tiene en efecto en el viaje americano una de sus manifestaciones más importantes.

Sino la primera, sí la más célebre y significativa expresión de ese tipo de viaje es la que lleva a cabo el escritor modernista y socialista argentino Manuel Ugarte por varios

países del continente entre 1911 y 1913. Su “campaña hispanoamericana”, que, al decir de Beatriz Colombi, “inaugura la gira proselitista continental que imprime un nuevo sentido al viaje finisecular”,⁹ es seguida por miles de personas y tiene enorme repercusión precisamente por acompañar a la idea de la necesaria unidad latinoamericana de una dimensión práctica: la del viaje, que posibilita la presencia y la comunicación cara a cara de una figura que representa el ideal continental con un auditorio con el que empatiza. Es en esa fricción que se produce en el acto del encuentro entre una figura carismática y una comunidad receptora, que logra reforzarse el “nosotros” común que anuda a intelectuales, estudiantes y a veces también obreros de distintas partes del continente. Si el viaje proselitista es así eficaz en la producción de un registro simbólico, es porque produce una escena que, al evocar una serie de sentimientos compartidos –el desprecio al imperialismo yanqui, el culto a figuras y temas del unionismo latinoamericano-, se constituye en un dispositivo de construcción práctica de sentidos de comunidad compartidos.¹⁰

Esa forma del viaje, presente ya en una porción del lote de escritores enrolados en el modernismo latinoamericano, se generaliza y adopta una postura más decididamente militante luego de la Reforma de 1918. Y, precisamente, si virtualmente todos los países del continente van a verse afectados en cuanto a los efectos del proceso reformista –no hay Universidad latinoamericana en la que los ecos del movimiento estudiantil no se haga sentir al menos en algún grado-, la resonancia y el prestigio que alcanzan dentro de ese universo los jóvenes peruanos se debe en buena medida al modo en que asumen la dimensión del viaje como modo de desarrollar el activismo del que hacen permanente gala. La movilidad y el carácter nomádico que el exilio les impone, y que ellos vivencian antes como una oportunidad que como un infortunio pleno, es la variable fundamental que explica el lugar prominente que Haya de la Torre y sus compañeros ocupan en el escenario reformista latinoamericano de los años 1920. El poema “Canto Viajero”, que la poetisa y futura figura de peso de la célula aprista mexicana Magda Portal escribe al producirse su destierro del Perú en 1927, es una muestra de ese estado de ánimo:

⁹ B. Colombi, *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo, 2004, p. 181.

¹⁰ Hemos desarrollado esta perspectiva sobre el viaje proselitista en Martín Bergel y Ricardo Martínez Mazzola, “América Latina como práctica. Formas de sociabilidad intelectual de los jóvenes reformistas universitarios en los años '20”, en Carlos Altamirano (dir.), *Hacia una historia de los intelectuales en América Latina*, Buenos Aires, Katz, 2008 (en prensa).

Yo hacia la vida
como una ancha boca roja
con mil voltios de locura proa feroz al futuro¹¹

También la correspondencia, otro soporte clave en la constitución de la trama material del reformismo latinoamericano –como se pudo apreciar en los efectos generados por las cartas entre Seoane y Alvarado–, es revela ese *ethos* del que se precian los reformistas peruanos. En una carta de 1925, Eudocio Ravines, entonces exiliado en Buenos Aires pero pronto a ser el fundador de la célula aprista en París, escribía a Luis Heysen:

pienso pasear por América -si paseo puede llamarse a esta gira forzada de vagabundo- y luego escribir un libro sobre América: mis frases tendrán todo el fuego necesario para pulverizar a los gobiernos del Perú, Bolivia y Venezuela, principalmente. Atacaré con todas mis fuerzas el imperialismo yanqui. Quisiera vivamente conocer Europa primero, y luego recorrer Cuba, Centro América, en general toda la América. Veremos si es posible.¹²

Todo ello permite encuadrar el tipo de disposición vital que hubo de propiciar el viaje de Manuel Seoane a Bolivia en 1925. Los apristas de los años '20, y no solamente Haya de la Torre, se querían portadores de una nueva concepción de la práctica intelectual que se legitimaba precisamente en la acción (el plus que hacía diferencia, en su discurso, del “lirismo romántico” adjudicado a la generación inmediatamente anterior e incluso a algunos estratos del movimiento reformista). Al inicio de su relato, en el capítulo inicial titulado transparentemente “Porqué fui a Bolivia”, Seoane explicita ese *ethos* del que se siente parte:

Desde un punto de vista subjetivo, mi vida en Buenos Aires, la ciudad estridente y multánime, se desenvolvía monocorde y municipalmente. *Una nostalgia obsesionante de anteriores épocas de lucha se había venido apoderando de mi ánimo.* Es cierto que disfrutaba de afectos y de paz en la gran capital del Plata, pero *una diferente manera de concebir la acción me distanciaba espiritualmente de los amigos cotidianos y especialmente del gremio estudiantil (...) Aquello me aburría (...)* Aprecio más el dinamismo que la erudición. Creo que las grandes obras demandan impulsos calientes y exaltados y no la fría disección analizadora de los gabinetes. El academicismo es un lento

¹¹ Cit. en Daniel Reedy, op. cit., p. 91.

¹² La carta de Ravines a Heysen en L. Heysen, *Temas y Obras del Perú. A la verdad por los hechos*, Enrique Bracamonte, Lima, 3era. ed., 1977, p. XXX.

suicidio del carácter (...) Este cúmulo de circunstancias ha subalternizado el ambiente y la orientación del estudiantado del Plata. Ni culpo ni disculpo. Este descenso después del movimiento inicial que cumplió la vidente generación del '18 obedece a muchos factores que no es del caso descubrir (...) Diré, pues, para concluir, que la agitación ideológica es reducida en extensión aunque valiosa en calidad, pero que únicamente se vierte en el folleto, en el periódico o en la lírica declaración convencional. Al movimiento le falta hondura (...) De no adentrarse en la tierra, vale decir, penetrar en la masa, cualquier vendaval demagógico, de izquierda o de derecha, puede derribarlo fácilmente (pp. 16-18, subrayado mío)

Por contraste a la vida demasiado apacible de Buenos Aires, Seoane elige ir a Bolivia para atravesar así las “inmensas montañas” que mantienen encerrada a la juventud de ese país (según la imagen ofrecida por Alvarado que el peruano, en una descripción de la geografía boliviana de resonancias montesquieuanas, hará suya). El viaje de Seoane se justifica así ante el lector como el eslabón práctico capaz de unir aquello que está separado. La acción de la que se precia el peruano es doble y bidireccional. De un lado, su viva presencia quiere comunicar en acto y en palabra la existencia de una nueva fuerza que dice haber llegado para remover y purificar el continente: la “nueva generación americana”. Seoane, como en 1919 Alfredo Palacios en su sonado viaje al Perú,¹³ busca encontrar los núcleos vivos a partir de los cuales contribuir a dinamizar un proceso de renovación boliviano que conecte con el movimiento de emancipación continental del que se siente parte. De otro lado, su viaje busca ser útil a la causa de dar a conocer al público latinoamericano la realidad de los “problemas bolivianos”. Ese doble propósito de ida y vuelta aparece en el primer párrafo del texto:

“Es usted el mensajero de la juventud de Bolivia”, díjome Enrique Baldivieso, el presidente de la Federación Universitaria, cuando el tren me arrancaba de La Paz. “Cuenta lo que haya visto que con eso basta”, añadió, sintetizando en esa frase todo el dolor y la esperanza de

¹³ Ninguna historia del movimiento reformista peruano pasa por alto el crucial impacto que para su desarrollo tuvo la visita de Palacios. Cf. por ejemplo las versiones contemporáneas de E. Cornejo Koster, cit., p. 234, y de Luis A. Sánchez, cit. p. 63; o las de historiadores actuales como Marcos Cueto, *La Reforma Universitaria de 1919*, tesis de Bachiller en Humanidades con mención en Historia, Pontificia Universidad Católica del Perú, Lima, 1982 (mimeo), pp. 106-109, Juan Manuel Gamarra Romero, *La Reforma Universitaria. El movimiento estudiantil de los años veinte en el Perú*, Lima, Okura, 1987, pp. 154-155 y Peter Klarén, *Nación y sociedad en la historia del Perú*, Lima, IEP, 2005, pp. 296-297. El mismo Manuel Seoane señala este hecho con particular elocuencia: “el verbo encendido de Palacios prendió la chispa el año 19”. V. M. Seoane, “La nueva generación peruana”, en *Claridad. Órgano de la Federación Obrera local de Lima y de la juventud libre del Perú*, no. 7, Lima, noviembre de 1924, p. 9.

una generación. Partió la locomotora y vi agitarse, trémulas, las manos de los obreros y estudiantes de Bolivia, como signos que saludan al porvenir... (p. 13)

El contingente de obreros y estudiantes, en el cual Seoane finca sus esperanzas, es el saldo que el viajero se lleva de su movimiento de ida: el de presentarse como la encarnación del espíritu nuevo que recorre el continente. A diferencia del relato siempre autocelebratorio de Haya de la Torre, no obstante, Seoane es escueto en cuanto a la narración de los eventuales éxitos en los momentos en que le toca tener actuación pública.¹⁴ Por referencias que deja entrever, puede observarse que tanto la conferencia que da en la Universidad de la Paz como, de manera más concluyente, la alocución que se le pide en el congreso en el cual se constituye la Confederación Nacional del Trabajo -fruto de la cual, según muestra en uno de los apéndices del libro, se le es concedido el lugar de “portavoz y representante de la primera entidad nacional obrera (...) ante las organizaciones de todos los explotados de la República Argentina” (p. 157)-,¹⁵ concitan atención y generan efectos en sus respectivos auditorios. Pero el texto no abunda en describir tales efectos. En cambio, es el movimiento de regreso, el relato que Seoane

¹⁴ Ese tono autocelebratorio podía respaldarse en las devoluciones encomiásticas de las que a menudo eran objeto los militantes apristas luego de sus presentaciones, conferencias y actos en las giras y viajes continentales. Citemos dos ciertamente elocuentes. En 1923, apenas desterrado por el gobierno de Leguía, Haya recalca en Cuba, donde ayuda a Julio A. Mella a fundar la Universidad Popular José Martí y brinda alocuciones públicas. El retrato público que hace Mella del paso de Haya por Cuba deja entrever la conmoción que supo causar: “Pasó entre nosotros, rápido y luminoso, como un cóndor de fuego marchando hacia los cielos infinitos. En su breve estancia se nos presentó; ora como un Mirabeau demolidor con la fuerza de su verbo de las eternas tiranías que el hombre sostiene sobre el hermano hombre, ora como el Mesías de una Buena Nueva que dice la palabra mágica de esperanza (...) Cuando se le sentía, más que cuando se le veía en la tribuna, se tenía la sensación de algo misterioso vagando por el ambiente, subyugaba y dominaba de tal forma el auditorio, que este semejaba mansos cachorros de león cumpliendo las órdenes del domador, hacía reír, llorar, pensar, temer, toda la gama del sentimiento la recorría con magistral exquisitez. Es el arquetipo de la juventud americana, es un sueño de Rodó hecho realidad, es Ariel” (Julio A. Mella, “Haya de la Torre”, en *Juventud*, no. 1, La Habana, 1924). Seis años después, la gira centroamericana de Magda Portal –que merecerá el elogio de Haya en un artículo especialmente dedicado a retratarla- permite que un periodista portorriqueño eleve consideraciones semejantes ante el paso de la poetisa: “Pocas veces, espíritus tan recios como el de esta mujer que encarna el tipo perfecto de la mujer del porvenir, han pasado por nuestros centros culturales en sujeción al noble apostolado de una idea o de una doctrina social, sembrando en el surco recién abierto de la juventud inquisitiva, el germen de un nuevo sentir, de un nuevo pensar y de un nuevo hacer. Porque Magda Portal, más que una poetisa del arte revolucionario, más que una ensayista vertebrada, más que un temperamento en tensión emotiva, es una fuerza en acción, un hontanar trémulo de dinamismo, un metal líquido en fusión continua” (cit. en García-Bryce, cit., p. 1).

¹⁵ Según se señala al inicio del libro (p. 15), Seoane viaja a Bolivia en calidad de representante no sólo de los estudiantes peruanos, sino también “de la Federación Universitaria de La Plata y de distintos centros estudiantiles de la Argentina”. Unos años antes, en su importante viaje por el cono sur de 1922, Haya de la Torre había visitado Chile llevando el saludo oficial de las juventudes universitarias del Uruguay y Argentina, los dos países que había visitado con anterioridad. Ese tipo de representación de un universo que excede la nacionalidad de origen del viajero, común en esta época de múltiples congresos y actos, configura otra de las formas prácticas de producción de tendencias hacia el ideal continental al que entonces se aspiraba.

organiza para familiarizar a los lectores argentinos y latinoamericanos en los “problemas bolivianos”, ocupa la mayor parte del texto. “Ahora cumplo mi deber”, dice el autor luego de mencionar la encomienda que el líder de los estudiantes bolivianos le encomienda. Y entonces el grueso de los capítulos del libro se encarga de diseccionar aquello que su mirada escruta en la realidad boliviana

III

¿Qué observa en Bolivia la mirada de Seoane? Lo señala explícitamente sobre el final del texto: más allá de la honestidad y objetividad que reclama para su libro, el autor no esconde que la lente con la que observa es una particular. “si hay estrabismo en observar “con el ojo izquierdo” es un sano estrabismo que nace del corazón” (p. 147). Si todo relato de viaje pone a trabajar la suma de representaciones previas de las que se dispone, y, así, es la mirada del autor –y con ella la mirada de una época y una cultura- la que construye su objeto, el ojo izquierdo de Seoane que mira a Bolivia es el de un espectro ideológico que hereda una serie de temas y tópicos pero que, a la vez, es posible pensar en estado de evolución hacia otra cosa. La “actitud textual” (para usar el concepto de Edward Said) que rige el ojo de Seoane remite en efecto a un campo de lecturas y posiciones que entonces fermentaba en el campo cultural de la nueva generación peruana y latinoamericana; pero, a la vez, esa mirada deja ver algunas evoluciones particulares que habrían de terminar conformando parte de la singularidad de la doctrina aprista (si es que aceptamos que el aprismo llegó a conformar una doctrina).

Según Diego Tatián, el tipo de escritura de uno de los más conspicuos miembros de la generación de la Reforma Universitaria, Deodoro Roca –a cuya pluma se debe, como es conocido, el *Manifiesto Liminar* reformista de Córdoba en 1918-, puede ser pensado en términos de un *periodismo filosófico*. Roca, quien no publica en vida ningún libro, escribía textos cortos para los cuales se servía de los acontecimientos diarios de la vida contemporánea para hilvanar a través de ellos reflexiones capaces de esbozar los rasgos de una ontología social de su tiempo.¹⁶ Es posible tal vez extender la observación de Tatián a otras figuras de la generación de 1920. Por caso, a Mariátegui, muchos de

¹⁶ Diego Tatián, “Memorias del subsuelo. Deodoro Roca y los años salvajes de la cultura”, en *Pensamiento de los Confines*, no. 14, Buenos Aires, 2004.

cuyos textos, integrados luego en libros por él o por quienes se encargaron de custodiar su obra una vez que hubo muerto, remiten también al formato del escrito breve, pensado para medios gráficos, y que tomaba acontecimientos puntuales traídos por las nuevas tecnologías de la comunicación para pasarlos por el rasero de su prisma teórico para así reconstruir aspectos sustantivos desde los cuales organizar la visión de la “escena contemporánea”.¹⁷

Ahora bien, si la escritura de Roca, Mariátegui u otras figuras de la nueva generación americana se deja aprehender en la fórmula de un periodismo filosófico como el recién atisbado, la pluma de Seoane, también educada en las escuelas de los periódicos modernos, ofrece un tipo de texto que encaja más bien en un periodismo de tipo sociológico. En efecto, la operación de disección de la realidad boliviana se lleva a cabo a través de radiografías histórico-sociales de los diferentes aspectos que, a juicio del autor, organizan el entramado del país que visita. Es posible ordenar esos aspectos que, así elegidos, revelan el cariz del “ojo izquierdo” desde el que mira el autor:

a) *Política Criolla*: Seoane señala –en un tópico que encontramos en numerosas reverberaciones del ensayo latinoamericano- que las formas republicanas y las prácticas electorales son exteriores respecto al curso social real y sustantivo que trama la evolución social boliviana. Los dos partidos que se disputan el poder, el republicano y el liberal, no son sino maquinarias artificiales. El autor distingue entre las “fuerzas políticas”, que se disputan el poder, y las “fuerzas vivas”, que permanecen trágicamente fuera del escenario nacional (p. 53). La política boliviana presenta un inocultable carácter de clase. “Casi todos los políticos de Bolivia son burgueses cerrados a toda comprensión de los problemas sociales”, señala Seoane (p. 59). Son ellos, “los criollos”, quienes se encargan de preservar intacto “el feudalismo agrícola, la esclavitud minera, la noche intelectual de los aborígenes, la miseria de los trabajadores” (p. 60). La realidad boliviana mal esconde entonces su dualismo inconciliable. Y sin embargo, las mayorías del país mediterráneo siguen presas de la ignorancia y no atinan a organizarse. Las críticas “con criterio legalista” a la supuesta tiranía del entonces saliente presidente Bautista Saavedra no alcanzan a rozar sino la superficie del problema político boliviano.

¹⁷ Por ejemplo, las agencias de noticias, de las que el peruano se servía entre otros lugares en la sección semanal que hacia el final de su vida llevaba a cabo en el semanario Mundial bajo el título de “lo que el cable no dice”.

Saavedra es tirano, pero por razones tanto más profundas que las esgrimidas por la oposición de turno. ¿Qué hacer entonces? La apertura a la que da lugar Seoane apenas comenzaba a esbozar los términos de una solución que será la sostenida fervorosamente por el aprismo –a diferencia de muchos de sus núcleos de simpatizantes difusos en varios países latinoamericanos- en su etapa primigenia:

Los pueblos que anhelan una solución integral –señala Seoane-, saben que para derribar un sistema de explotación, es necesario acrecentar el dinamismo, delimitar los factores que deben intervenir en la acción conjunta. Es necesaria la revolución y no la revuelta, para decirlo en una sola frase (p. 68).

b) *El imperialismo norteamericano*: la tiranía de Saavedra y los “políticos criollos” es ante todo una tiranía económica cuyos estrechos lazos con el imperialismo norteamericano son fácilmente advertibles. Los capitales y las corporaciones yanquis, con la anuencia de las elites locales, succionan la savia del país. Resulta interesante, en ese sentido, que el análisis de Seoane acompaña el movimiento entonces propiciado por Haya de la Torre en el sentido de definir al imperialismo en un sentido esencialmente económico. El líder aprista, desde Inglaterra –en donde se forma en los clásicos del marxismo-, va a proponer a las células apristas entonces apenas en gestación el estudio concreto de las formas en que el fenómeno imperialista se manifestaba.¹⁸ Seoane, que conducirá oficialmente desde 1927 la célula aprista de Buenos Aires, se encarga de desarrollar análisis económicos y estadísticos que persiguen esos objetivos (y que publica en varias revistas del continente como *Amauta*, *Renovación*, *Claridad* de Buenos Aires, *Ariel* de Montevideo, entre otras).

En el libro del cual nos ocupamos, esa consideración del fenómeno imperialista no ha llegado a madurar del todo, como tampoco la filiación marxista del análisis. Un par de

¹⁸ En la inauguración de la célula aprista parisina, a comienzos de 1927, Haya encomienda a su jefe, Eudocio Ravines, ese tipo de perspectiva: “La sección de París de nuestro frente único debe concretarse, más que ninguna otra, a una tarea de estudio. Por eso me parece París el lugar propicio para la fundación del Centro de Estudios Antiimperialistas del APRA (...) La tarea inmediata de los latinoamericanos residentes en París y afiliados al frente único antiimperialista del APRA es estudiar el imperialismo, sus aspectos y sus consecuencias en nuestros países. Nuestra ignorancia en este orden es lamentable. Si supiéramos medir los avances del imperialismo con la misma seguridad con que sabemos medir los versos de un soneto romántico, no caeríamos en el error de creer que el imperialismo “comienza” cuando los marineros yanquis llamados por un señor Díaz cualquiera desembarcan en nuestras playas (...) No descuidemos nuestra propaganda; pero nuestra propaganda tiene que ser científica, demostrativa y corolario de nuestros estudios”. Cf., V. R. Haya de la Torre, *Por la emancipación de América Latina*, Buenos Aires, Gleiser, 1927, p. 91.

años después, influenciado por Haya, Ravines y Mariátegui, Seoane no dudará ya en declararse socialista y en remitir incluso los hechos estéticos a una cuadrícula que lee desde Marx la dimensión social o económica que los subtiende.¹⁹

c) *El problema del indio*: casi contemporáneamente a Mariátegui, y revelando que el indigenismo entonces en expansión era patrimonio de esa mirada desde la izquierda propiciada por Seoane, se señala en este libro que “el problema vital de Bolivia es, pues, el problema del indio” (p. 101). Mientras se expande el “progreso que avanza” —como señala repetidas veces con un dejo de ironía el autor— la gran mayoría indígena perpetúa y aún empeora su condición secular de segregación y explotación. La cuestión del indio es, tanto en Bolivia como en Perú, y por su peso cuantitativo, de primer orden. Y sin embargo, cuando en las ocasiones en que Seoane se deja ganar por el relato del viaje y asume un tono de crónica cuasi-etnográfica, se revela la cruel distancia que lo separa de los indios reales: “gentes con rasgos raciales y cierta inexpresiva tristeza en la mirada” (p. 20); “allí está [el indio], inmutable y grave, como sus padres y como sus abuelos, mirándonos con reserva indescifrable” (p. 24).

Con advertir las enormes dificultades que le impiden realísticamente entonar el canto alborozado que recorre los textos de Haya de la Torre (que no hablan, sin embargo, de indios reales), Seoane se separa del pesimismo étnico y apunta, en el capítulo XIII del libro, un camino a “la redención del indio”. A pesar de un sinnúmero de problemas que tiñen la “psicología indígena”, esta no es —como para el ensayo positivista de comienzos de siglo— inmodificable, sino que se deriva de rasgos histórico sociales. Se trata entonces —como habrá de sugerir Mariátegui poco después— de mentar la napa profunda que anida en la historia secular del indígena para tentar el retorno del “comunismo parcial de tribu o “ayllu”. Ese factor, conjugado por compatible con “las exigencias del industrialismo moderno”, permiten atisbar para Seoane —sin beneficio de precisiones mayores— un posible despertar indígena, imprescindible en cualquier proyecto de redención social.

d) *Las “fuerzas vivas”*: pero el autor finca sus reales esperanzas en los dos núcleos de buen sentido compartidos por su generación y ya por entonces interpelados por Haya de

¹⁹ Así, podía escribir lo siguiente en la revista vanguardista *Guerrilla* de Blanca Luz Brum: “opinamos que el arte, y muy especialmente la poesía —profunda versión del espíritu— refleja, expresa o tácitamente, la realidad circundante o el propio mundo interior, que nuestra filiación marxista nos hace señalar como efecto de aquella. Es decir, siempre refracción del ambiente social”. *Guerrilla. Revista de arte moderno*, Montevideo, no. 6, junio de 1928, p. 2, cit. en Daniel Reedy, op. cit., p. 118.

la Torre en clave de la “alianza del trabajo manual y el trabajo intelectual” (que eso pretendía ser el APRA): los estudiantes y los obreros. Y es con ellos con quienes Seoane entra en contacto directo, alimentando esa relación bidireccional antes señalada. Y el texto se permite concluir, si no con el sesgo mesiánico que preside las apelaciones de Haya y de otros compañeros, si con un llamado que trasciende por un momento el mero realismo que domina el texto:

En los campos obreros y estudiantiles hay muchos espíritus fuertes, sobrecogidos por el dolor de la nación (...) En esas filas no contagiadas por la democracia criolla, inmoral y absorbente, se incuba el porvenir. ¿Cuál es el camino? Uno, solamente. La revolución de contenido social (p. 107).

IV

Como se advierte, los temas que la mirada de Seoane recoge de su inspección boliviana no desbordan –aunque a veces anticipan- a los que eran patrimonio de su generación. Como sea, la fuerza enunciativa del texto proviene en todo caso de la experiencia de la que da cuenta –la del viaje, que sin hacer ostentaciones revela la posesión del autor de ese valor tan caro a la nueva generación: el de la acción- y, sobre todo, del hecho más infrecuente de haber logrado articular esa experiencia y darle formato de libro de radiografía social.

Más en general, el texto participa de un movimiento que algunos de los compañeros de Seoane detectaban también en el campo de la poesía: el de haberse abocado a iluminar las zonas excluidas de la modernidad latinoamericana poco antes casi invisibles.²⁰ Es en la detección de esos claroscuros y de esas ambivalencias de los procesos de modernización que el libro supo buscar entonces su principal aporte. Pero todas esas regiones oscuras de la modernidad capitalista entonces en curso no llevan al autor ni al pesimismo biologicista del positivismo de comienzos de siglo ni al sesgo decadentista que alimentará parte del ensayo latinoamericano de los años '30; antes bien, y aún a pesar del tono relativamente mesurado de Seoane y de las también

²⁰ Magda Portal, en un ensayo publicado por entregas bajo el título de “El nuevo poema y su orientación hacia una estética económica” en la revista *Repertorio Americano* a fines de 1928, sostendrá esta posición para juzgar la evolución –que ella juzga por demás auspiciosa- de la poesía.

relativamente pocas señales favorables que detecta en la sociedad boliviana, este libro se ofrece como testimonio de la firme creencia sostenida entonces tanto en esas “fuerzas vivas” que anidaban en las sociedades latinoamericanas como en el papel de primer orden de los intelectuales (de los “trabajadores intelectuales”) en la crucial tarea de despertarlas.